

## A TIEMPO

Después del turno de tarde en la gestoría, regresaba a casa en el urbano. A Carlos, con quien salía hacía unos dos meses, le encantaba ir a buscarme a la salida. Decía que la noche encerraba todos los males y que él me protegería. Yo no comprendía que lo hiciera, no había nada que temer, pero no me importaba.

A veces, me retrasaba charlando con algún compañero y a Carlos le molestaba tener que esperarme. Le enojaba que, para echar el rato en una oficina ordenando papeles — según sus propias palabras—, me maquillara o luciera vestidos de moda. Al principio, me parecía que todas esas atenciones, los detalles tan nimios en los que se fijaba, eran resultado de la pasión. Quise pensar que en eso consistía el amor.

Algunos amigos, cuando me enfadaba con él, me llamaban por teléfono y me insistían en que el comportamiento de Carlos no era otra cosa que su manera de expresar lo que me quería. Una compañera llegó a decirme que ya le gustaría que un hombre estuviese siempre pendiente de ella como lo estaba Carlos de mí, y que no se merecía, con lo cariñoso que era, mi comportamiento frío. Lo que yo no entendía era por qué a Carlos cada día le agradaban menos cosas de mí, se limitaba a criticarme y censurar todo lo que hacía, para acabar confesando, como una guinda que coronaba el pastel, que me amaba.

Un día, vino a casa a buscarme para salir. Les pedí a mis padres que le dijeran que me encontraba mal y que no me apetecía. Después, tuve que reconocerles que la relación estaba yendo por derroteros que nunca hubiera sospechado. Me costó admitirlo. Llegué a pensar que se trataba de un fracaso mío, como cuando abandoné los estudios. A la vista de todos, Carlos era encantador. Pero tuve la suerte de contar con el apoyo de mis padres. El amor, según ellos, era otra cosa. Ni que decir tiene que no necesité más.

Mi sorpresa llegó cuando, a pesar de haber roto con él, continuó esperándome a la salida de la gestoría, escondiéndose para vigilar mis pasos, llamándome por teléfono incluso en medio de la noche... No tenía manera de deshacerme de él y de su acoso constante, por lo que empecé a temer que todo fuera a peor.

Pero mis verdaderos amigos se limitaron a ayudarme: me acompañaban y, sobre todo, escuchaban mis temores. Mi padre, sin pedírselo, comenzó a esperarme también en la parada del autobús de vuelta a casa. Él también lo había visto merodeando por el barrio. Una tarde se acercó a Carlos y le pidió que se alejase de mí o tendría que vérselas con la policía. Tardó aún unas semanas en respetar mi decisión. No sé si lo habría conseguido sola. Como terapia, retomé mis estudios y maté dos pájaros de un tiro: lo olvidé enseguida y me convertí en abogada especialista en violencia de género. Espero que nunca necesites mi tarjeta, pero no dejes que nadie te falte al respeto. Debemos aprender a querernos más.